

en la su-
destrucción
e tuve con
rafo oí el
reconocido
nunciado el
én ha en-
s cintas do
tó el pro-
que recibie-
cho: «¿Do
llegó?», el
sentido, de
o yo en ese

La calderilla negra se ennegrece más en la limosna y adquiere gran valor. Todos parecen poder ser potentados y salir de allí para comprar con esa moneda los castillos desmoronados o, por lo menos, las casillas deshechas del primer telégrafo de luces. Enseña don Caricio mansedumbre y respeto para toda la semana, con aquella exigua caridad del sábado. Todo el orden social continúa. El hambre continuará, pero se ha cumplido uno de los deberes contentivos. De pronto, en la confesión que cada pobre tiene con don Caricio, ha habi-

do un obstáculo, algo así como una blasfemia imperdonable.

El mendigo grita:

—¡Una perra chica! ¡Miserable!.. Ya no es de estos tiempos esa moneda. Esa moneda es para ayudar a otra mayor en la compra del pan... ¡Explo-tador!

Don Caricio se ha quedado lívido, como si en esa primera rebelión a la limosna estuviesen todas las rebeldías del presente; toda su caridad se lo quedó agarrada al alma, hecha un nudo allí.

—¡Miserable! ¡Dar cinco céntimos!

Es para matarle... Como si pudiera pagar el placer mayor, que es el de creerse caritativo, con tan pequeña moneda... ¡Estafador!

El mendigo rebelde se ha ido alejando. Los demás guardan silencio, atemorizados de intervenir en contra de él, que tendrán que encontrarlo después por los caminos.

Fuente de la Serna

De Rosa Bazán de Cámara

Bajo el misterio de la luna

A la hermosa Briscida, tu cautiva, he de traerme yo: o iré a buscarla a tu tienda en persona porque veas cuanto yo te aventajo en poderío.

Una claridad crecía hacia el Oriente. En el centro del mar rayaban blancas sinuosidades, grandes rocas destacábanse, poco a poco, en la palidez de la noche, ceñidas por blancos cinturones de espuma. El mar, quieto, parecía cuajado en la obscuridad y a medida que la luz aumentaba, alzaban la cabe-

za negros promontorios, cual centinelas seguros, espionando la soledad. La luna apareció entre cárdenos resplandores, hasta que desgarrada al elevarse, vertía sobre el mar la lluvia celeste de sus venas pálidas. Los negros carros de alas de lino de los Mirmidones, inquietos oscilaban castigados por las olas; a lo lejos, en el campamento de los griegos, ondeaban sus febles velas.

El rumor de lo inefable erraba sobre la extensión desolada, y el lomo obscuro del mar comenzaba a agitar-

so al contacto lunar, desprendiendo alas invisibles de brumas luminosas, que ascendían, mientras las gaviotas al huir, golpeteaban las velas blancas de sus alas. La luna, abrazando el mar y la playa, bruscamente tendió su brazo de luz en una tienda espaciosa alzada junto a los negros bajeles. En el centro, una tea encendida, moría su luz amarillenta a la claridad lunar, y al fondo, un joven arrancaba de un arpa sonidos apenas sensibles. Sobre una piel de leopardo, una mujer de negros cabellos, sentada, con las manos apo-

VIAJEROS



AS

a una mendi-
ndiancia, el
omes de Cas-
or de aquella
ura de gran
obres recién
de la tapia
i les veía in-
n medio de la
rados por las
ñas del mundo,
mendigos que
ata hasta qué
gante un men-
tiene o no tiene

«mandrágora».
milanejo».
so pasea por
en la pobreza
la estabilidad
s reflexiona eso
osas alfombras.
congregue un
vez aumentan
alderilla en sus
gua, sacos como